MARÍA

ó

LOS AMORES DE DON BLÁS,

PASO CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO.

Letra de don Manuel del Pino Lozada.

Música de don Mariano Courtier.

(Representado por primera vez en el teatro de Variedades en 24 de Enero de 1867.)



—SEVILLA: 1867.—
Imprenta de Antonio Mata.—Confiterías, 18.

MARÍA

ó

LOS AMORES DE DON BLÁS,

PASO CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO.

Letra de don Manuel del Pino Lozada.

Música de don Mariano Courtier.

(Representado por primera vez en el teatro de Variedades en 24 de Enero de 1867.)



—SEVILLA: 1867.—
Imprenta de Antonio Mata.—Confiterías, 18.

REPARTO.

Personas.	Actores.
Don Blás.	*Sr. Goenaga.*
María (su sobrina). .	*Señorita Sanchez Castilla.*
Cárlos.	*Sr. Ballester.*
Rafael.	*Sr. Monjardin.*
Inés (criada). . . .	*Señora Saavedra.*

ACTO ÚNICO.

—

Sala decentemente amueblada, con puerta al foro y laterales. Mesa con útiles de escribir.

ESCENA I.

—

D. Blás, despues María.

(Entra D. Blás y se dirige cantando hácia el proscenio.)

(MÚSICA.)

D. BLÁS. —«Tres veces fuí casado
«y me traen alborotado
«los veinte de mi María,
«¡ay qué alegria!
«¡ay qué alegria!
«Es bonita y generosa,
«qué discreta, qué garbosa,
«y me sabe obedecer,
«¡ay qué placer!
«¡ay qué placer!

—

Veamos á mi incáuta mariposa, á la encantadora María. La sobrina mas linda de cuantas tienen la dicha de tener tios enamorados.

MARÍA. *(Entra leyendo.)*—Los ángeles buenos decian que sí; los rebeldes que nó.

D. BLÁS. —Felices, queridísima sobrina. Me tenias impaciente.

MARÍA. —¿Por qué, tio?

D. BLAS. —Porque son las nueve, y aun no tenia la satisfaccion de saber, como habia pasado la noche mi cándida azucena.

MARÍA. —Bien mal la he pasado á causa de las cavilaciones.....

D. BLÁS. —Pues no caviles, que tú serás la llamada á ocupar el envidiable puesto que resulta vacante.

MARÍA. —¿De veras?

D. BLÁS. —Mucho que lo verás, el dia que autorizemos el contrato de mutualidad.

MARÍA. —¿Qué contrato?

D. BLÁS. —El indisoluble!

MARÍA. —No comprendo!....

D. BLÁS. —Lo tuyo será mio, y lo mio tuyo, desde el instante en que digamos sí, despues de invocar el ministro los reverendos nombres de Pedro y Pablo.

MARÍA. Prefiero la soledad, el retiro.... deseo cuanto antes....

D. BLÁS. —Y yo hija, y yo; que cada momento

que trascurre se me figura un siglo: si nó mírame bien. ¿Qué revela mi semblante? (*Se cuadra.*) Con franqueza, niña.

MARÍA. —El semblante demuestra la monomanía crónica de que usted adolece, la cual avanza por grados.

D. BLÁS. Basta! No avances ni gradues; que te se puede empañar la vista al reflejo impresionable de mi candorosa y esbelta figura. (*Se contonea.*) ¿Te agrada? Aun soy jóven.

MARÍA. —Qué inspirado está mi buen tio!

D. BLAS. —Y quién no se inspira al considerar las brisas amorosas....

MARÍA. —¿Conque usted ama, eh?

D. BLAS. —Vaya!... y tanto como te amo. Escucha y lo sabrás.

(MÚSICA.)

«Delirante yo al ver tu belleza
«y anhelante por ser tu marido,
«aquí pues te presento á Cupido
«que te brinda su mas tierno amor.
«¡Ay María! María, María,
«ten piedad de tu Blás amoroso,
«presa triste de un fuego ardoroso
«que le va consumiendo al vapor.

MARÍA. —«Yo agradezco la alta fineza
«que me brinda el mas tierno Cupido,
«pues amante tan lindo y rendido

«suele ser el marido peor.

D. Blas. —«Dime, niña, con toda franqueza
«si me quieres por tierno marido,
«pues amante, ya estoy decidido
«á ceñir las cadenas de amor.

María. —«Ya le digo con toda franqueza
«que no quiero aceptar tal marido,
«aunque amante ya esté decidido
«á ceñir las cadenas de amor.

D. Blas. —«Qué dices?

Maria. «Que digo? que veré.

D. Blás. —«Se goza el destino
«en verme penar,
«contigo sobrina
«me quiero casar.

Maria. —«Já, já, já, já,
«que risa me da.

D. Blas. —«Contraria suerte,
«destino fatal,
«contigo sobrina
«me quiero casar.

Maria. —«Ay que mi tio
«se quiere casar.

D. Blas. —«Contraria suerte,
«destino fatal,
«sino te quieres
«conmigo casar:
«penas á pares
«me harás pasar,
«ó dicha en su caso

MARIA. «me harás gozar.
—«Já, já, já, já,
«que risa me dá;
«ay, ay que mi tio
«se quiere casar.

—

D. BLAS. —Bien! muy bien por mi amor.

MARIA. —(Aventemos la parba.) Ah!... se me olvidaba. *(Discurriendo.)*

D. BLAS. —¿Qué, hija, qué? Esplícate.

MARIA. —Tio, si voy perdiendo hasta la memoria.

D. BLAS. —Sino piensa mas que en mí.

MARIA. —Ya recuerdo.... Mas no me atrevo.....

D. BLAS —Valor, hija, valor. Es llegado el momento de que me declares los secretos que encierra ese noble pecho; considero que tu amor es grande, corpulento como cedro del Líbano, cuyas raices....

MARIA. *(Interrumpiéndole.)* —Pues..... el gato negro se ha comido tres canarios, no dejando ni las plumas.

D. BLAS. *(Haciendo visages.)*—Ah!... ya, ¿Con que ni plumas, eh? Mire usted que casualidad!

MARIA. —Ya ve usted que desgracia. Pobrecitos!

D. BLAS. —Como ha de ser, paciencia: pero si hecho el güante al misifús....

MARIA. —Siento ruido. *(Aplicando el oido.)* Será el negrillo?.... Veamos. *(Hace que se vá.)*

D. BLAS. —No hija. No subas á la galería, que te

puedes marear. Deja, yo iré que tengo la cabeza mas firme. Hasta luego. *(Vase.)*

MARIA. —Hasta despues (señor Cupido.)

ESCENA II.

—

Maria, despues Cárlos.

MARIA. —¿Habrá mosca mas pesada! No es maniático, que digamos, el tal tiito. Con sesenta navidades á la cola, desea casarse conmigo que los veinte no he cumplido. Si Cárlos lo supiera!

CARLOS. —Angel mio!

MARIA. —Nombrándote estaba.

CARLOS. —¿Tan presente me tienes?

MARIA. —Figúrate que mi imaginacion está siempre fija en tí. ¿Lo dudas?

CARLOS. —No, hermosa mia, no dudo de tus palabras. Yo tambien te amo, te adoro; tú eres mi único pensar; desde el momento feliz en que te ví, por vez primera, te hicistes dueña de mi corazon, dueña eres y serás siempre.

MARIA. —¿De veras, Cárlos?

CARLOS. —Tan es así, que vengo resuelto á pedir tu mano á mi padrino. Obras son amores.

MARIA. —¿Conque á mi tio, eh?

CARLOS. —A él, como tutor, corresponde....

MARIA. —Qué entiende don Blas de correspon-

dencias! Y ahora mucho menos: está enfermo. Conque ya ves.

CARLOS. —Enfermo?

MARÍA. —Sí. De monomanía.

CARLOS. —Mejor! Él conoce mis intenciones y buenos deseos, por tanto....

MARIA. —Dirá que nó.

CARLOS. —Que nó! ¿Estás segura?

MARIA. —Segurísima! Sus lábios pronunciarán un nó claro y terminante.

CARLOS. —Sentencia sospechosa é irritante á la vez seria por cierto. Mas una idea me ocurre. *(Meditando.)* ¿Tienes confianza en Inés?

MARIA. —Confianza tengo.

CARLOS. —Entonces conseguimos el objeto.

MARIA. —Cuál?

CARLOS. —Muy sencillo. Te finges enferma de modo que tu tio comprenda que es verdad, y yo de acuerdo con mi amigo Rafael recetaremos á las mil maravillas. ¿Conoces la intencion?

MARIA. —Descuida. Mi papel será representado con distintos caractéres.

CARLOS —Eso es, con todo el aparato que requiere el argumento.

MARIA. —Pues manos á la obra.

CARLOS. —Hasta despues. *(Vase.)*

MARIA. —El cielo nos proteje.

—

ESCENA III.

—

Maria, despues don Blas.

MARIA. —Preparemos el combate. *(Se dirige á la mesa y escribe un papel, el cual entregará á Inés, segun señala el diálogo en la respectiva escena.)* Cárlos desea hablarte hoy mismo. Calla y obra.

D. BLAS. *(Entrando.)*—Jé, jé, vaya un gatito.

MARIA. *(Haciendo que lee.)*—Polvo eres y polvo serás.

D. BLAS. —Eh? qué lees, niña?

MARIA. —Los últimos momentos de una mártir, tio. ¡Ay que pasó la pobrecita!

D. BLAS. —¿Pasó algun rio, por ventura?

MARIA. —Atravesó con decidido valor la espinosa senda de la tentacion; porque segun dice este libro, el diablo nos tienta siete veces cada dia.

D. BLAS. —Ya!... Quizás tentaria al gato. Mire usted qué coincidencia.

MARIA. —Los irracionales están esceptuados de la regla.

D. BLAS. —Entonces estoy tranquilo. Me comprende la escepcion.

MARIA. —Ay!!... *(Suspirando.)*

D. BLAS. —¿Qué fué, hija, que fué?

MARIA. —Nada, una pequeña palpitacion.

D. Blas. —Pues no me mires.

ESCENA IV.

—

Dichos é Inés.

Inés. —El desayuno está en la mesa.
D. Blas. —Vamos, María.
Maria. —No tengo apetito.
Inés. —Pero qué tiene usted? Qué la duele?
D. Blas. —Nada. No sabes que el trato engendra cariño. Mucho mas, tratándose de un hombre de este talante!... pues.
Maria. —¡Ay querida Inés! Deseo ir al convento. *(Demostrando impaciencia.)*
D. Blas. —Qué dijo?
Inés. —Que sí.
D. Blas. —Claro está. La naturaleza ha sido muy pródiga en mi obsequio, y no es estraño... Verdad, Inés?
Inés. —(Tate! D. Blás está en percha.) Mas que veo! *(Observando á María.)* que palidez!... qué miradas. *(Observa tambien don Blás.)* Vea usted, don Blás.
D. Blas. —Es que empieza á eclipsarse; porque yo....
Inés. *(Le interrumpe)*—Que eclipse ni qué diablos.
Maria. *(Coge de la mano á don Blás y se dirigen al proscenio en actitud cómica.)*—Ven

acá. Levanta la cabeza y mira allá lo que te espera. (*Deja caer el papel que cogerá Inés.*)

D. BLÁS. —Conque allá, eh? (*Mirando.*) Por mas que miro....

MARIA. —Ese astro luminoso, esa claridad, ese esplendor me anuncia la hora solemne, y pone espedito el camino que ha de conducirme al cumplimiento de la promesa. (*Quédase inmóvil.*)

D. BLÁS. (*Mirándola con atencion.*)—¡Cáspita, cáspita! Y dirán que no? Muchacha, echa acá una silla, que el eclipse es total.

INES. (*Arrimándola.*)—No es eso, señor don Blás. Es otra cosa.

(*Maria toma asiento.*)

D. BLÁS. —No blasfemes! Contempla este misterio. No ves que la impresion del disco se dirige hácia mí?

MARIA. (*Alzándose con presteza se coge á un faldon de don Blás, quedándose con él en la mano.*) Obras son amores, ha poco me decian. Gozastes de mil placeres allá en tu lozanía..... Las mugeres te querian..., já... já... (*Carcajada.*) Que ocurrencia tan liviana. (*Vase dejando el faldon.*)

ESCENA V.

Dichos, menos Maria.

INÉS. —(Toma amores.)

D. Blás. (*Mirándose.*)—¡San Dionisio y mi faldon!

Inés. (*Le coge y da.*)—Eso prueba que la señorita está delirando.

D. Blás. —Bah!... Bah!... Claro es que delira por mí. ¿Quién duda lo contrario?

Inés. —No señor, no es por usted.

D. Blás. —(Hui que sacrilegio!) ¿Conque no es por mí, eh?

Inés. —No señor.

D. Blás. —Por quién es, salero?

Inés. —Es que se ha vuelto loca, ¿comprende usted?

D. Blás. —Ya comprendo que la loca eres tú. Jé, jé, andamos con celitos, eh?... Pues paciencia, hija.

Inés. —Esas tenemos? Pero señor, reflexione un poco y se convencerá de que la enfermedad que padece la señorita....

D. Blás. —Cuando digo que hasta las domésticas quieren estar al alcance de la cosa reservada. Si te oyera mi sobrina, te sacaba los ojos.

Inés. —Será lo que usted quiera. Mas voy por el médico.

D. Blás. —Eso varia de especie. Tráete aunque sea un romancista.

Inés. —En seguida. (*Vase.*)

ESCENA VI.

Dicho y Maria.

D. Blas. —Va, con la tal Inésita, y qué turbio

vé el asunto!... cuando es tan claro..... que yá.

MARÍA. (*Entra despavorida mirando á todas partes.*) - Que lo traigan!... le quiero ver.... deseo hablarle.

D. BLAS. —Si estoy aquí. No me ves, niña?

MARIA. —Oh! No quisiera verte. Tú no marchas paralelo.

D. BLAS. —Cálmate hija y vamos adentro. (*Ofreciéndole el brazo.*) Si por desgracia te repite, no me tengas tan presente, ¿oyes? Pronto llegará el facultativo. (*Maria le pisa al andar.*) Cáscara!... y que paralelo. (*Echandose mano.*)

MARIA. —Qué fué, tio, qué fué?

D. BLAS. —Nada. Un eclipsillo pedicuro

MARIA. —Suframos con paciencia. (*Vasen.*)

ESCENA VII.

—

Cárlos, Rafael, Inés.

(*Inés entra con sigilo, quedando fuera los demás; aunque á la vista.*)

INÉS. —Adelante. (*Entra Carlos.*) Allá dentro está la cosa.

RAFAEL. (*En la puerta.*)—Chico, tendremos novedades?

CARLOS. —Entr a. No hay que temer, (*Entrando.*)

INÉS. (*A Rafael.*)—Mi amo se presta perfectamente.

CARLOS. —Amigo Rafa...

RAFAEL. —Siempre le demo... batalla. Bien, que tú sabe...

INÉS. —Pasaré recado. (*Vase.*)

CARLOS. —Me tiemblan las piernas.

RAFAEL. —Y á mí el estómago, porque desde ayer me tiene una sota á dieta vejetal.

CARLOS. —Ya viene nuestro hombre. (*Mirando*)

RAFAEL. —Aquí le tenemos.

ESCENA VIII.

—

Cárlos, Rafael, D. Blás.

D. BLAS. —Qué traes, ahijado?

CARLOS. —Nada.....

RAFAEL. (*Aparte.*)—Cómo nada, hombre?

CARLOS. (*A D. Blás.*)—Me encontré á Inés, y sabedor de lo ocurrido marché en busca de este caballero...

D. BLAS. —Bien venido sea.

RAFAEL. —Servidor.

CARLOS. —El señor doctor en medicina.

D. BLAS. —Conque usted?... (Me huele á veterinario.)

RAFAEL. —Soy físico anti-alópata del cuartel de inválidos, y uso siempre la farmacopea del plen.

D. BLAS. —Ya.

RAFAEL. —Mi genealogía se pierde en un espeso y

...istocrático. Mi tio es el ... *(Abriendo y cerrando la ... hablar, quedando á voluntad del actor el bocalizar el final de este diálogo como mejor le plazca..)*

D. BLAS. —Eh?

RAFAEL. —Y mayordomo mayor de los acueductos de Medina Sidonia. *(Sopla!)*

D. BLAS. —¿Segun veo, es usted el encargado de observar los movimientos giratorios de mi eclipsada sobrina?

RAFAEL. —Ya escampa. | *(Apartes.)*

CARLOS. —Truenogordo. |

RAFAEL. —Ha ido usted alguna vez á Medina?

D. BLAS. —No señor, no se me ha ocurrido.

RAFAEL. —Es un punto delicioso, y muy saludable. Allí habita el célebre don Citrato de Belladona, baron de la Morfina. Le conoce usted?

D. BLAS. —No señor.

RAFAEL. —(Ni yo tampoco.) Y la sobrinita es jóven?

D. BLAS. —Pero que jóven, amigo doctor.

CARLOS. —(La cólera me ahoga.)

D. BLAS. —Y qué miradas tan paralelas me dirije la pobrecita, de vez en cuando.

RAFAEL. —Hay ciertas miradas, *(Haciendo visages)* señor don Blás, que no las pueden soportar las corneas mas glutinosas. Así lo esplica la patología interna. Neptumen ci-

baras sumptus. Que quiere decir..... lo que usted no entiende.

D. Blas. —Por lo mismo deseo esplicarle con detenimiento las circunstancias especiales de la...... pero antes..... Ahijado.

Carlos. —Padrino!

D. Blas. —Retírate. Voy á conferenciar con el señor doctor sobre un asunto reservado, y tú no debes... Verdad, amigo? *(A Rafael)*

Carlos. —Basta de enigmas. Que se alivie la niña. *(Vase.)*

ESCENA IX.

—

Dichos, menos Cárlos.

Rafael. —Apruebo el proceder! La precaucion es digna de elogio.

D. Blas. —Su gracia de usted?...

(Música.)

Rafael. —«Soy Pancrasio Capasote,
«hijo de un comerciante,
«y médico practicante
«del hospital de la córte.
«Tambien soy escritor
«de tragedias y carteles;
«tengo ínsulas de actor,
«hago pues, buenos papeles.

«Siempre fuí aventajado
«en la ciencia de curar,
«salvando al desauciado
«no vacilo en recetar.
«Vive Dios!... que en pleni-lunio
«la sangría es lo peor,
«traer puede el infortunio;
«una purga es lo mejor.

D. BLAS. —«La niña padece,
«á mi entender,
«un mal bien fácil
«de comprender.

RAFAEL. —«Dígame pues
«cual es la causa
«del padecer.

D. BLAS. —«Mi jóven María
«padece un dolor,
«si mal no engaña
«la causa es amor:
«por eso le digo
«que á mi entender,
«el mal de la chica
«podrá comprender.

RAFAEL. —«Si me asegura
«que mal es amor,
«os juro á fé mia
«no infunde temor.

D. BLAS. —«Al bien que idolatro,
«salvad, ¡oh doctor!
«Es mi amada,

«esa rosa pulida
«que está resentida
«de ageno dolor.

RAFAEL. —«No hay temor,
«que la rosa pulida
«no está resentida
«de agudo dolor.

D. BLAS. —«Salvad, ¡oh doctor!
«á la rosa pulida
«que está resentida
«de ageno dolor.

—

D. BLAS. —Señor don Pancrasio, el amor de la niña raya en locura.

RAFAEL. —La enfermedad de la señorita doña María no presenta hoy ningun síntoma cartilaginoso; sin embargo, consultaré el...., can.... di.... y.... (*Como en la escena* 8.ª)

D. BLÁS. (*Con estrañeza.*)—Eh?...

RAFAEL. —Que consultaré los corolarios de Orfila.

D. BLAS. —¿De Orfila? (Este hombre es un archivo ambulante.) ¿No fué ese caballero?...

RAFAEL. (*Interrumpiéndole.*)—Justo! Fué y vino. Cuánto me congratulo de que usted conozca á esa notabilidad quirúrgica!.... (*Abrazándole.*) Y siento que en la cuestion de las circunsvalaciones nos encontremos completamente centrífugos, porque él es candiota acérrimo, y yo tegumentista puro. Él afirma que la epiglotis!....

¿Usted de esto no entenderá una palabra?

D. Blás. —Muy poco.

Rafael. —Hombre, es lástima que no sepa usted que la epiglotis. Admírese, amigo, la....

D. Blás. —Bien, ¿y qué tenemos con piglotis?

Rafael. —Es anti-terapéutico. Este error craso, segun mi tio, nos separa mil leguas....

D. Blás. —Voy, con vuestro permiso, á decir á la niña quien es usted.

Rafael. —Mi presencia ha sido siempre un antídoto especial para las revulciones.

D. Blas. —Pues ya corro. (*Vase de prisa.*)

ESCENA X.

—

Cárlos, Rafael, despues Inés.

Rafael. —Este anciano es un modelo de candidez y de inocencia.

Carlos. (*Entrando*)—¿Marcha la cosa?

Rafael. —Camarada, poco he de poder si el objeto no consigo.

Carlos. —Así espero de tu astucia y sutileza.

Rafael. —Sin olvidar que eres el editor responsable.

Inés. *(Entrando.)*—Qué tal? No se lo dije?

Rafael. —Sí, ya lo veo. Como á Cárlos y á tí en otra parte.

Inés. —¿Qué dijo usted?.

Rafael. —Nada. Que los tres alegres y contentos

cambiaremos de habitacion por unos dias.

INÉS. —No comprendo!...

RAFAEL. —Muy fácil. Yo no opongo resistencia, dan de comer...

CARLOS. —No hagas caso, Inés, son bromas de mi amigo. Toma. (*Sacando un pliego.*) Que la señorita lea el contenido de ese pliego. (*Se lo da.*)

INÉS. —Eso es, que lea, y don Blas la vé...

RAFAEL. —Mientras ella lee, tú te entretienes con don Blás.

CARLOS. —Justo. Conque anda, y no lo perderás.

INÉS. —El tiempo dará lo que sea suyo. (*Vase.*)

ESCENA XI.

—

Dichos, menos Inés.

CARLOS. —Chico, si mi padrino no presta conformidad, pedimos el discenso.

RAFAEL. —Me parece bien.

CARLOS. —Es decir, sin que él se aperciba, porque entonces.....

RAFAEL. —Corro el telon y fiesta concluida.

CARLOS. —Siento pasos. (*Observando.*)

RAFAEL. —Retírate.

CARLOS. —Hasta despues. (*Vase.*)

ESCENA XII.

Rafael, don Blás y María.

D. BLAS. (*Del brazo con Maria.*)—Ya verás que

caballero tan amable.

RAFAEL. —¡Oh señorita! *(Con grotescas cortesías.)* Estoy á vuestros pies. Siento infinito que el estado de su salud no sea el mas perfecto.

MARÍA. *(Tomando asiento.)*—Gracias, doctor.

D. BLÁS. —La presencia de usted ha sido suficiente á disipar las tinieblas. No te lo dije, niña?

RAFAEL. —¿Cómo os encontrais?

MARIA. —Mas aliviada. Dios querrá....

RAFAEL. —Ciencia!!... pulsa á la enferma. Veamos. *(Pulsándola.)* Sírvase sacar la muestra. *(A don Blás.)*

D. BLÁS. —La lengua?....

RAFAEL. —El reloj.

D. BLÁS. —Ya.... *(Sacándolo.)* Las doce y...

RAFAEL. —Justo! La péndola está clavada.

D. BLAS. —¿El pulso tiene variacion?

RAFAEL. —Arregladísimo!!... La terapéutica presenta un brillante colorido. *(Observándole el rostro.)*

D. BLAS. —¿Tendremos repeticion?

RAFAEL. —Nó; porque la neuralgia conviene perfectamente con la infiltracion, y ya ve usted.

D. BLAS. —(¡Qué cabeza la de este hombre.)

MARIA. —¿Doctor, me seria útil pasar al convento?

D. BLAS. *(Aparte á Rafael.)*—No haga usted caso, le da por ahí. Háblele de lo mio.

RAFAEL. —¿De lo de usted, eh? Poco podré hablar de lo de usted. El trópico está sobre el equinoccio, por consiguiente comprenderá que á poco se viene la hidrofobia, pues...

D. BLAS. —Hombre, y qué relacion guardan los trópicos conmigo?

RAFAEL. —La relacion del virus en la parte cartílaga del opímaro y capitales.

D. BLÁS. —En fin, sobrina, el señor Pancrasio queda encargado en el arreglo de la cosa. Picarilla! Muy pronto te.....

RAFAEL. —(Liquidaré.)

MARIA. —Cuanto antes mejor.

D. BLÁS. —¿La oye usted? No piensa mas que en eso.

RAFAEL. —Señor mio: segun la ciencia me dicta, seria muy del caso....

D. BLAS. —Lo que usted opine doy por hecho. (Que servicial es este médico.)

RAFAEL. — Pues la señorita debe inmediatamente...

D. BLAS. —Justo! Inmediatamente. Apruebo, y permítame la franqueza. Jé, jé, (*Riendo*) Lo que es el error. Cuando le ví á usted me pareció albéitar. Jí, jí, jí. (*Riendo*) Ha visto usted, hombre? Mas continúe.

RAFAEL. —El albéitar dice que la niña debe ser trasladada á otro punto, porque estas latitudes tan glosales....

D. BLAS. —Eh?

RAFAEL. —Son perniciosas á su salud. Allí respi-

rará una atmósfera mas protuberante, y el aire y la dilacion poral, y el arruyo.... y la... y los...

D. BLAS. (*Interrumpiéndole.*)—Que no va usted bien, hombre.

RAFAEL. (*Desentendiéndose.*)—Y sobre todo que el desarrollo muscular á consecuencia del gluten; por la audacia y equipo de la parte decrépita del gran belen....

D. BLAS. —Adelante, adelante.

RAFAEL. —Eh?

D. BLÁS. —Siga usted de ahí.

MARIA. —Que me da aquello.

D. BLÁS. —Pues aquí está el doctor.

RAFAEL. —Mientras yo esté aquí no habrá erupciones, la enfermedad me respeta. Dígalo sinó la paciente.

D. BLÁS. —No es menester que lo diga; á primera vista se conoce.

MARIA. —¡Ay Dios mio, y cuánto padecer!

RAFAEL. (*A don Blás.*)—Convendria que la dejase usted sola, á fin de que la evaporacion fuese tegumental. Mientras tanto, voy á estender el pasaporte á un feligrés.

D. BLAS. —Pasaporte?

RAFAEL. —Sí. Uno que hastiado de vivir en este barrio, desea trasladarse al polo ártico. Conque hasta despues, señorita. (*Vase haciendo grotescas cortesías.*)

—

ESCENA XIII.

—

Dichos, menos Rafael.

D. Blás. —¿Has visto, sobrina? Este médico es el mejor médico de cuantos andan con medicamentos. Que recetas, hija! Que recetas tan sapientísimas! Ya se vé, como sobrino de su tio.

Maria. —No podrá negarlo. Es un médico sui géneri.

D. Blas. —Pero sigamos su consejo. Paséate por la habitacion, mientras yo me desayuno.

Maria. —Que á usted le aproveche.

D. Blás. —Si te ocurre algo, llámame en seguida.

Maria. —Así lo haré.

D. Blas. —Pues adios, hija. (*Vase.*)

Maria. —(Que usted se alivie.)

ESCENA XIV.

—

La misma, despues Cárlos.

Maria. —Está visto. Los sentidos de don Blás no funcionan al corriente. En diciéndole que sí se consigue de él cuanto se quiera.

Carlos. (*Entrando.*) ¿Qué tal, Maria, traga el hombre la píldora?

María. —Desengáñate Cárlos; á mi tio no hay

quien le haga desistir de su propósito. Está cada vez mas ciego.

CARLOS. —Pues el papel le amansará.

(MÚSICA.)

MARIA. —«Don Blás, amoroso,
«por no variar,
«conmigo, Cárlos,
«se quiere casar.

CARLOS. —«Ya la receta
«le amansará.

MARIA. —«Te juro que sus porfías
«no alcanzan nada de amor,
«que el rendimiento consiste
«del alma en la inclinacion.
«Si amor un litigio fuera,
«disputando la razon,
«justicia haria en quererle,
«pero amor no lo mandó.
«Yo siento aquí
«una pura llama,
«que pecho me inflama,
«la siento por tí.

CARLOS. —Tú, bella flor,
«flamante rosa,
«la mas hermosa
«que infunde amor.
«Por tí padezco,
«mas no por eso

«de amante dejo
«con frenesí.
«Ah!... sí.... sí,
«tus ojos bellos,
«tus rubios cabellos
«me hacen sufrir.

MARIA. —«Tu eres solo, sí,
«dueño del alma mia,
«desde aquel hermoso dia
«que placentera yo te ví.

CÁRLOS. —«Tu fuistes sola, sí,
«dueña del alma mia
«desde aquel dichoso dia
«que risueña yo te ví.

—

CARLOS. —Pues no queda mas recurso que pedir el discenso. ¿Leistes el escrito?

MARIA. —Sí. Tómalo. (*Le saca y da*)

ESCENA XV.

—

Dichos y Rafael, despues don Blás.

RAFAEL. —Chico, vengo resuelto á jugar el lance.

CARLOS. —Eso es. Descubramos de una vez la incógnita. (*Le da el pliego.*)

MARIA. —Me parece lo mejor.

(*D. Blás canta dentro y viene á concluir en escena.*)

«Blanca paloma

«que el aire giras,
«huye las iras
del cazador.

—

CARLOS (*Al oirle.*)—Calla! El hombre canta.

RAFAEL. —Despues cantará mas claro.

D. BLAS. —Hola. Todos juntitos? Sea enhorabuena.

RAFAEL. (*Desentendiéndose, como igualmente los demás.*)—Pues nada, señorita; desde que Orfila descubrió los armilares, se ha desarrollado de tal modo la ciencia que se esperan grandes fenómenos y revoluciones.

MARIA. —Ay! yo no quiero revolucion.

CARLOS. —Revoluciones?

D. BLAS. —Hombre, que dice usted, revoluciones?

RAFAEL. —Calma, señores. Esa es la opinion de Aricena en su tratado del láudano. Animalia revertebantur. Que quiere decir, que lea usted. (*Le enseña el pliego á don Blás.*)

D. BLAS. —Basta, señor, basta. ¿Es acaso el pedimento?

RAFAEL. —No señor. Es el prólogo de una tragedia que estoy escribiendo, titulada Metamórfosis.

D. BLÁS. —Estará digna! Prometo aplaudirla.

MARIA. —Yo igualmente.

CARLOS. —Yo tambien....

D BLÁS. —Tú, eh? Siempre estás tú aplaudiendo.

Que lástima de chicote. .. verdad, doctor?

RAFAEL. —No sabemos el interés que mueva á don Cárlos, respecto á la salud de esta señorita. Ellos lo sabrán.

D. BLÁS. (*Haciendo gestos.*)—¿Que dice usted, hombre? (*Con énfasis.*)

RAFAEL. —Digo que las circunstancias muchas veces impelen....

D. BLÁS. —(Calle! El hombre flaquea!)

CARLOS. —Siempre me ha interesado mucho...

D. BLAS. (*Interrumpiéndole.*)—Que casualidad. Te interesa mucho, eh?

RAFAEL. —Si señor; porque siguiendo la marcha reguladora de las órbitas candentes.

CARLOS. —Si señor; porque siguiendo la marcha debida como reclama el derecho de gente.

(*A un tiempo hablando á D. Blás.*)

D. BLAS. (*A Cárlos en alta voz.*)—Calle usted, que está hablando este caballero.

RAFAEL. —Vendrá á resultar la transsigente, como el planeta en su órbita. Al efecto propongo á usted. (*A don Blás.*)

D. BLAS. —(Que irá á proponer.)

RAFAEL. —Es muy sencillo. Y creo que usted dirá que sí, porque su temperamento no se presta á decir que nó.

D. BLAS. —Hable usted, buen doctor, hable usted.

RAFAEL. —Pues que se casen estos chicos....

D. BLAS. —Santo Dios que acerté!... Veterinario es

el hombre. (*En alta voz*) Señor médico ó señor albéitar, no admito bromas de esa especie. Qué habrá dicho mi sobrina al oirle rebuznar?

MARIA. —No digo nada, tio.

RAFAEL. (*Presentando á Cárlos.*)—Este año concluye la carrera, que ha sido larga, y el muchacho promete. Conque gran negocio, señor don Blás!

D. BLAS. —(Habrá estúpido.) Pues hombre de Dios, no sabe todo el mundo que la salud de esta niña depende de mi enlace con ella?

CARLOS. Por mi parte no hay inconveniente en ser su marido, siempre que ella esté conforme en ser mi muger.

D. BLAS. —Señor ahijado, le llamo al órden. Cuidado conmigo!

RAFAEL. —Admitido! ¿No es así, amigo don Blás?

D. BLAS. —Caballeros, fuera de mi casa ó disparo el arcabuz. (¡Ay de ellos si los pillara!...)

RAFAEL. —¡¡Gran negocio, caro don Blás!!

D. BLAS. —Hombre, se pinta usted solo para corredor de cuatropea. (Que casamentero tan original.) Lo que es de ésta sale desauciado, señor Piglotis.

CARLOS. —Se engaña usted, padrino.

D. BLAS. —Vamos callando. Usted no puede ser juez en su propia causa.

RAFAEL. —¡¡Sorprendente negocio, amigo don Blás!!

D. Blas. —Sobrina, anda adentro mientras voy por la guardia.

María. —¡Horror, la guardia en casa! Qué dirán.

Carlos. —Aquí no hay mas guardia que el consentimiento ó negativa de usted. En último caso pido el discenso, cuyo escrito es ese. (*Indicando al pliego que obra en manos de Rafael.*)

D. Blas. —No comprendo! María, qué dices tú á esto? Habla claro, hija, y confunde á estos imbéciles.

María. —Es muy sencillo.

D. Blas. —Oigan, señores, oigan y se convencerán del error.

María. —Yo estoy conforme á dar mi mano....

D. Blás. —(Jé, jé. A mí!.)

María. —A su ahijado don Cárlos Ramirez, mi prometido.

D. Blas. —Ah!!.. ya... ¿Conque es de veras? Que malo me encuentro, sobrina. A mí si que me da aquello. (Habrá quien se fie de mugeres!) ¿Eras tú la que tanto me querias? ¿Deseas ir al convento, niña?

María. —Tal vez mañana me vaya con mi marido.

D. Blas. —Sublime resolucion!

Rafael. —¡¡Qué dicha, simpático don Blás!!

D. Blas. —¡Qué desgracia, señor Tutiple, en haberle conocido!

Carlos. —¿Con que usted dirá....

RAFAEL. —Que sí hombre; eso tiene poco que pensar. ¡¡Sorprendente negocio, don Blás!!

D. BLAS. —Qué apropósito es usted para arreglar negocios clandestinos!

RAFAEL. —En pró de su ahijado hago esto y mucho mas.

D. BLAS. —Sinó hay apelacion?...

RAFAEL. —No señor; no puede haber apelacion porque las partes están conformes.

D. BLAS. —Siendo así me resigno al fallo de la conformidad de los contrayentes.

RAFAEL. *(Va abrazarle.)*—¡Bravo por mi amigo!

D. BLAS. (*Rehusando.*)—Niego consecuencia. Yo soy todo lo que se quiera, menos su amigo.

RAFAEL. —Estimando.

D. BLAS. —Agradeciendo, prenda. (Que feo eres.)

MARIA. —No por eso dejaré de quererle como siempre.

D. BLAS. —Bien, hija, tú me querrás hasta la pared de enfrente; mas yo te ruego que seas buena esposa, para que la Providencia te colme de placeres, y dispénsame si en algo fuí indolente; pues á la verdad, vivia en el error sin recordar que ya en la decrepitud solo me espera el cementerio.

RAFAEL. —Aun le queda á usted un recurso.

D. BLAS. —Sí, tocar el violon á grande orquesta, ó cuidar de mis canarios.

MARIA. =Pero antes voy á ofrecer aquí mis respetos.

(MÚSICA) (1)

«De amor la viva llama
«en don Blás ardió violenta,
«y á pesar de los sesenta
«con su mano me brindó.
«De una pasion tan estraña
«hoy toca la consecuencia,
«y yo le pido indulgencia,
«que otro padre es mi tutor.
«Feliz con mi esposo amado
«nada tengo que envidiar,
(«si la boda es de su agrado
(«y me quiere perdonar.

Cae el telon.

(1) Wals imitacion; dedicado por el autor lírico á la tiple señorita Sanchez Castilla.



